

Rogelio Cuéllar, fotógrafo*

V I C E N T E L E Ñ E R O

Nadie pone en duda ya las posibilidades artísticas de la fotografía. Nadie es capaz de regatearle el calificativo de arte a ese fenómeno mágico que se inicia con el agudo “clic” de un aparato y que termina, tras un largo proceso que sólo los sacerdotes del cuarto oscuro descifran, en la expresión objetiva, plástica, de la obra terminada en lo que simple y ¡cuántas veces admirativamente! llamamos foto. Cada foto como posibilidad o realidad de una obra de arte que el fotógrafo descubre en su búsqueda personal del mundo que lo apresa.

Hay que hablar de arte en los trabajos fotográficos de Rogelio Cuéllar, aunque éstos surjan como productos de una actividad que muy poco tiene que ver con el esteticismo. Es decir, da la impresión de que Rogelio Cuéllar no sale a la calle, a la ciudad, al mundo, en actitud de artista. Cámara al hombro, se lanza a sorprender la realidad, o a toparse con esta realidad para que ella lo sorprenda a él. No sale a hacer “arte” sino sale a buscar la vida, y se encuentra con que esta vida se le convierte en arte como de milagro. Desde luego no es milagro, ni suerte, ni chiripa; en pocos fotógrafos profesionales se puede encontrar una sensibilidad tan clara, tan espontánea como en Rogelio Cuéllar.

Sencillo como hombre y como artista, Cuéllar es capaz de descubrir —gracias a esa sencillez, a esa espontaneidad, a ese estilo fotográfico alejado de todo manierismo— verdades que sorprenden de tan intensas. La incuestionable ternura de sus fotos —aun en las más dramáticas— es resultado de la ternura vital con que el artista trabaja y siente. El “clic” de su cámara sólo hace funcionar, en toda su auténtica expresión, el espíritu de Rogelio Cuéllar: artista y hombre; mejor dicho: hombre y artista. ●

Enero de 1973

* Catálogo de la exposición *Reflexiones / Fotografías de Rogelio Cuéllar* en la Galería José Clemente Orozco (México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1980).

